

EDUARDO
TORASSA

el Angel



EL ÁNGEL

Nouvelle y láminas: Eduardo Torassa

© Eduardo Torassa, 2026

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin la autorización previa y por escrito del autor.

Buenos Aires, 2026

ÍNDICE

Prólogo, por Alejandra Mendé

El ángel — Capítulo I

El ángel — Capítulo II

El ángel — Capítulo III

Nota en un diario local

Lámina I · EL HALLOWEEN DE APOLO

Lámina II · LA CONSAGRACIÓN

Lámina III · EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS DE LA HIJA DE ALICIA

Lámina IV · LAS VISIONES DE ÑA MARÍA

Lámina V · PORTAL GIOCONDAFÓBICO

Lámina VI · AMANECER MÁGICO

Lámina VII · LIMBO LEONARDIANO

Lámina VIII · LAS BENDICIONES DE SGRILAH

PRÓLOGO

Alejandra Mendé

El ángel es una *nouvelle insoslayable* para quien desea conocer algo sobre el arte. No sobre la pericia de un hombre que mueve el pincel para encontrar una forma de expresar su universo personal, tampoco para mirar el desarrollo espiritual de un creador, sino para aproximarse a la cuestión del genio y al comportamiento que el humano ciego de toda proyección material, suscribe a esa entidad que lo acompaña desde el mismo día de su nacimiento.

La más alta distinción que un artista plástico puede tener no se otorga: se trabaja. Es su obra. Un recorrido de miles de cuadros repartidos por el mundo, y la confirmación de un trabajo monumental a través del tiempo. Ese es el caso de Eduardo Torassa, y de esa obra nos regala una narración exquisita sobre aquello que lo impulsa desde muy temprana edad al dibujo y la pintura. Escrita hacia el año 2001, en un momento en que detuvo la pintura y abordó la escritura, la *nouvelle* nace de esa interrupción, y esa interrupción dice algo de lo que estas páginas buscan.

En esa relación humana con lo inasible del genio hay principios necesarios como la voluntad de trabajo, la insistencia en el tiempo, el progreso en el oficio y la plasticidad suficiente para dejar que en determinadas coordenadas se manifieste lo oculto. Así, el hombre tomado por el genio, deja que prescriba su experiencia mundana, para dar lugar a los embates del espíritu. En otras palabras, pone sus sentidos a disposición de esa otra existencia anímica que lo esclaviza pero que al mismo tiempo lo infunde de un estado de plenitud y satisfacción superior en cada logro.

El artista, es el narrador protagonista de la nouvelle que, en primera persona del presente, muestra los breves que impone su saber hacer con el arte a una secuencia de relaciones de amor erótico. El mundo de las pulsiones no se realiza sin el correlato de la expresión y viceversa. La belleza, representada aquí por el cuerpo femenino, es el punto fijo que hace oscilar el péndulo hacia la satisfacción física por un lado y hacia la satisfacción artística por el otro. Podría pensarse en la búsqueda de lo apolíneo en esos cuerpos, pero sería una mirada exigua sobre la serie incommensurable de personajes principalmente mujeres que trata y retrata el pintor en la nouvelle, pero principalmente en sus obras. La búsqueda de lo divino femenino, el espeso territorio de lo matriarcal es la constante que lo interroga:

Mujer, continente complejo de misterios y belleza. Engendro inflamable. Reina tirana de seducción dominadora. El gran misterio a descifrar que el mismo Creador introdujo en nuestros laberintos.

Sin duda ésta es una síntesis de lo que el genio dicta y reverbera en cada puesta en escena de ese mundo que más que atemporal es de tiempo circular. Un mundo cargado de símbolos y mitologías en modo onírico, características que lo acercan al surrealismo, pero también a una trama geométrica donde las eras conviven sin exclusión y en armonía.

¿Es este el resabio de una cultura perdida? ¿Es el gran arte un encuentro con la deidad femenina y sus predicamentos? Tal vez, en la obra extensa de algunos artistas que se toman la vida para expresar esa cosmología apagada, silenciada, fenecida, de la deidad femenina, se evidencie algo del orden de una dedicación que está por fuera del tiempo lineal, es decir, de un quehacer sin exigencias de apuros marcados por los relojes de la industria del arte o de la moda.

Mi naturaleza de artista me somete al trabajo en forma obsesiva, tal vez porque ese es mi destino aquí en el mundo.

Ninguno de los dos campos está delimitado totalmente. En los encuentros eróticos, la mirada del pintor persiste en los contrastes y en las profusas descripciones plásticas de los personajes femeninos, en tanto que en la puesta del oficio y el modelaje, las pulsiones desandan los procesos de sublimación. No obstante, siempre está ante todo la mirada del pintor que ve y sueña los colores y el movimiento del cuerpo

que está dispuesto o podría disponerse a la paleta o al pincel.

Los matices de color, las texturas, las luces y las sombras son una inquietud constante a los ojos del narrador.

en cada pestañear de sus cristalinos ojos turquesa, simbiosis de cielo y mar.

cabellos... serpenteantes hilos dorados

Una espalda que dibuja un continente de sinuosos músculos

Unas maravillosas nalgas torneadas que proyectan hacia abajo esas delgadas piernas, dignas de una diosa griega.

Y un cuello que es puente sensual entre el más bello de los rostros, con el más bello de los cuerpos.

Son las frases que se ubican tras los ojos del artista que nos regala su visión. Sin embargo, detrás de lo esperable está lo otro. El mundo que subyace y se visualiza en cada tela. Un mundo angelado por la geometría de la composición.

Así, comienza un encuentro al principio fantasmático con lo que parece escribirse como un ideal, pero que da pie a un final que clarifica lo esencial de la búsqueda, en el recorrido.

¿Qué diálogo puedo inventar? Me siento como un monaguillo frente a dios. La belleza tan buscada, casi infructuosamente, está materializada frente a mí

Si es cierto que es necesario esta nouvelle para comprender algo de la filosofía del arte, también es ineludible conocer la profusa obra del autor de esta nouvelle, para unirlo con este puñado de verdad humana, con este sagrado del alma que se ilumina al comprometerse definitivamente con el arte. Porque de lo que se trata no es de una historia fantástica, sino de lo sustancial de una elección que paulatinamente deja vida por arte.

Quiero irremediablemente plasmarla en mis telas, sabiendo de la situación difícil a la que estaría sometido, ya que su hermosura es tan exagerada que la responsabilidad que intento tomar no es cosa frecuente.

Vírgenes medievales o de rostros renacentistas, austeras de jean en las fotos de un diario actual, ninfas aladas o mujeres adictas a la Coca-Cola, desnudas o vestidas, con calzas o de traje, los personajes de sus óleos se reducen a la mínima expresión en la nouvelle y, aun así, no dejan de ser una serie de figuras en esa temporalidad circular de su existencia.

necesito de ella, no solamente para plasmarla en mis pinturas, sino también

como musa. Quiero dilucidar su misterio...

Lejos todavía de comprender lo esencial, el narrador nos involucra en una búsqueda desesperada ¿De una mujer? No. No de una mujer sino del misterio... Y ninguna acción lo acerca a ese misterio salvo fijar en la tela algo de eso que reclama como inspiración por su belleza.

Quiero atraparla, pero traspasa su cuerpo con mis manos, hasta llego a correrla por el pasillo mientras se desplaza al ras del suelo. Algunas veces su cabeza gira y sonríe con aquella risita de duende, para luego esfumarse entre las paredes.

Y al buscarla, el artista todavía cree que la belleza es exterior a si mismo y siente una gran decepción cuando no puede asir ese ideal. En el camino, la serie de mujeres con mayor o menor grado son la representación parcial de aquella primera musa, Mariel, a la que no se sobrepone del todo y es causa de su obra, desplazamiento metonímico de esa impresión primera. En la práctica, el artista busca ese ideal de belleza mediante la representación de la naturaleza en una composición de partes sueltas que se ligan entre sí por lo que llamamos esa geometría ancestral o forma que adviene de otro mundo, de otro orden del que se apropia con absoluta libertad.

Mariel lo impresiona y se pierde. La vuelve a encontrar y la incorpora a su obra...

La veo sentada en un prado, con un río que se proyecta desde el horizonte hasta sus espaldas, chocando con una torre que está en suspensión, de la cual evacuan manzanas perforadas por una cadena a manera de collar. Estos frutos pasan por las manos de Mariel como un tren en su recorrido. Sobre esta torre se deposita un cuadro, retrato de una joven que observa el interior de esa torre y crea con su mente esas manzanas.

Por debajo de una construcción flotante descansa un grupo de Marieles desnudas como Evas en el paraíso contemplando la salida de los frutos. A la izquierda, una especie de plato volador sobre el cual una jauría de perros jadea y ladra tratando de no caer del aparato, mientras algunas aceitunas giran en torno a manera de órbita.

En otra obra ella está sentada, su figura es de gran tamaño y a su lado una maceta de la que emerge a manera de planta, un pan, una baguette que se extiende y crece hasta traspasar un piso flotante de césped, el cual abraza la cabeza de la modelo como queriendo palpar sus pensamientos. A la derecha de la

gran figura, emerge nuevamente el cuerpo de Mariel. Esta vez en un tamaño un tanto menor, exhibiendo su bellísima desnudez trasera y sosteniendo sobre su brazo a otra pequeña mujer que es la proyección de ella misma.

La écfrasis, descripción literaria de obras de arte que en este caso son reales, lo inscriben en un arte simbólico y narrativo dentro de la vanguardia del surrealismo. En la narración, vemos como Mariel habita diversos lugares de la composición del artista y de alguna manera lo habita, a partir de la forma, de la idea, de la ingeniería creativa. Entonces, él la conoce un poco más y se reconoce un poco más cada vez. Pero ella otra vez desaparece, se vuelve inaprensible, deja el espacio vacío que van a llenar otras mujeres, ahora con la asunción por parte del artista de haberla perdido en forma definitiva.

El misterio está en el vacío que ya no representa con un espacio en el cuadro sin pintar, sino en la regulación de las múltiples figuras que no se brindan al arte de la manera ideal que él espera porque sus ojos no ven el soplo de divino gesto en las figuras. Todavía espera esa revelación anímica de los personajes, que admira en los flamencos y en los renacentistas a quienes considera sus maestros. En pos de lograrlo, su visión se nubla frente a las obras de ellos en los museos, nutriéndose de la energía que traspasa los siglos y recibéndola con la humildad del discípulo.

La musa se ha ido, está fuera de la realidad. Ya no es modelo ni amante, sino esa ener-gía lumínica, necesaria para la realización de sus obras.

Sueño en el presente de emociones inestables con el pasado ido, recuerdos de los que se fueron y de Mariel, todavía viajando en las cavernas de mi corazón sin ecos, miradas perdidas buscando destino, palpitaciones por nada concreto, solo recuerdos deshilvanados en la luz mortecina.

Frente a la ausencia, solo tendrán lugar en su trabajo la dedicación y la búsqueda del color y la forma, que a la manera de los flamencos será detallada y precisa. Así también, trabaja en el velo luminoso de los renacentistas para dar cuerpo a los recuer-dos deshilvanados en la luz mortecina.

En la década del 90 fue la primera vez que vi un cuadro de Eduardo Torassa. Sería escaso lo que pueda decir sobre el impacto que tuve al ver, no solo ese cuadro primero, tremenda pintura en la que un cuervo

sobrevolaba la boca de una virgen majestuosa, sino todas las pinturas que este indiscutible maestro enviaba a una muestra que se realizaría en Londres.

Desde entonces sigo la trayectoria de Torassa, sus cuadros me muestran mundos entre figuras centrales y subalternas que se desplazan de uno a otro punto del tiempo. Tiempo circular repito, sin que sea una afirmación ornamental para el predicamento de su forma de componer, sino la visión literal de su saber hacer con las épocas. Eso que se manifiesta permitiéndonos jugar con los personajes de distintos momentos del arte y la historia, en su mayoría mujeres clásicas y actuales.

Se trata de la belleza, de la representación de lo bello y lo múltiple instalado como un palimpsesto de símbolos, contornos y mensajes sueltos unidos por su narrativa pictórica. Cada detalle en sus cuadros, cualquiera sea, es el capítulo de un recorrido a dilucidar. Lo múltiple y la técnica elaborada con veladuras nos deslumbra y nos devuelve un paraíso perdido en lo que a pintura se refiere. Es decir, nos devuelve la visión de estar frente a la maestría de lo clásico, aunque esa maestría esté inscrita en la ruptura y en las partes sueltas que se apoyan más que en la imitación de lo existente, en la cosmovisión de un mundo inasible y fantástico del autor.

En esta corriente de conocimiento hemos dialogado en extenso sobre la posición del artista, los diversos puntos de vista y las cuestiones que hacen al desarrollo del arte y particularmente de la pintura. Diálogos que mueven a preguntarse sobre la permanencia del arte figurativo y el oficio indispensable para su realización.

Y sin embargo, llamado por lo clásico, al ligar lo figurativo a lo onírico, al dar lugar a representaciones de diversas épocas, Torassa realiza una composición de vanguardia.

Digo con Balzac que los libros y los cuadros son acciones humanas en la muerte. La eternidad tiene mucho que ver con eso, también lo espiritual andrógino que juega sus cartas sin distinción de sexo en los cielos. El ángel es una nouvelle que nos habla de la inspiración, de la guía, de la sujeción al genio en la búsqueda de perfección en lo visto y en el oficio, por eso en su reaparición ya no hay corriente sanguínea sino energía